

Los Celos y el Amor

Un Estudio de la Psicología Simbólica Junguiana¹

Carlos Amadeu Botelho Byington²

Traducción: Psic. Silvia Di Santo (Ecuador)

Conversando íntimamente, en el remoto pasado, con un gran amigo, él me dijo confidencialmente que se sentía muy orgulloso de la relación con su compañera de muchos años porque había conseguido, finalmente, no sentir más celos de ella. Instintivamente, y sin pestañear, le respondí: - “es porque tú ya no la amas”. Él se quedó perplejo con mi respuesta y yo también, porque no conseguí fundamentar racionalmente lo que había dicho. Entre tanto, tengo que conformarme, porque los intuitivos son así. Perciben las cosas en un *flash*, sin saber de dónde vinieron y cómo explicarlas. Cabe después, al laboratorio de la vida, demostrar la veracidad o no de las intuiciones. Es por eso que los intuitivos, sobre todo cuando su intuición es intensa y llega a la mediumnidad, tienen que trabajar mucho y tener responsabilidad sobre lo que afirman.

Seguí esta receta y hoy les traigo el resultado de mis reflexiones acerca de los celos y del amor, fundamentadas en una teoría psicológica.

La Psicología Simbólica Junguiana que construí es el resultado de mi vivencia de la cultura en la segunda mitad del siglo XX a través de la experiencia cotidiana con las obras de los pioneros de la psicología dinámica moderna. Tiene sus fundamentos en los descubrimientos de Freud del desarrollo de la personalidad a partir de las relaciones primarias y de sus disturbios, que fijan la libido y originan los síntomas y las defensas como la compulsión de repetición y la transferencia defensiva; en la teoría de Jung, del inconsciente colectivo, de los complejos, del arquetipo y del proceso de individuación, y en la conceptualización del instinto de poder, de Adler. La Psicología Simbólica Junguiana desarrolla también los estudios de Erich Neumann en la aplicación de los conceptos de Arquetipo Matriarcal y Patriarcal en la formación del Ego del niño y de la Consciencia histórica colectiva, y amplía el estudio de la relación Ego-Otro, presente en las posiciones esquizoparanoide y depresiva de Melanie Klein, con la formulación de cinco inteligencias

¹ Conferencia dictada por invitación de la Fundación Chilena de Psicología Analítica C.G..Jung y de la Universidad Adolfo Ibañez. Santiago, agosto de 2005 y por invitación de la Asociación Venezolana de Psicología Analítica, de la Escuela Venezolana de Psicología Profunda y del Centro de Estudios Junguianos de Caracas en Noviembre de 2005. Publicada en la Revista Psycho n° 2, São Paulo, 2006.

² Médico Psiquiatra y Analista. Miembro Fundador de la Sociedad Brasileña de Psicología Analítica y Miembro de la Sociedad Internacional de Psicología Analítica. Educador e Historiador. E-mail: c.byington@uol.com.br site: www.carlosbyington.com.br

arquetípicas representadas por cinco posiciones de relación Ego-Otro en la Consciencia. Esta perspectiva se arraiga también en las vivencias del cuerpo simbólico y de las técnicas expresivas de las teorías de Reich; de la Bioenergética, de Lowen; del Psicodrama, de Moreno; en la Psicósíntesis, en la Gestalt, en la Psicodanza y en el estudio de la conducta oriundo de la psicología cognitivo-conductual.

Dentro de la epistemología científica, la Psicología Simbólica Junguiana encontró su fundamento en la filosofía existencial de Heidegger, que describe la vida humana como el estar-en-el-mundo (*Dasein ist in-der-Welt sein*) y en la filosofía de la evolución de Teilhard de Chardin, que describe la formación de la Consciencia a partir de la biologización y de la humanización de la materia. A través de su creatividad, los dos filósofos trascendieron la terrible disociación sujeto-objeto en la teoría del conocimiento que tanto deformó a la Ciencia cuando, al luchar contra la Inquisición, eligió como verdad exclusivamente a la objetividad y a la razón, y expulsó lo subjetivo y la emoción del templo del Saber.

A pesar de todas estas raíces e influencias diferentes, denomino Simbólica a esta Psicología porque su concepto central es el símbolo, que vincula a las cosas entre sí y con el todo a través de sus significados, y Junguiana porque fue Jung aquel que reunió simbólicamente su vida, sus sueños y su obra dentro del marco arquetípico del proceso de individuación que él describió.

Pero, no se asusten, porque ahora basta de introducción teórica, pues es hora de pasar a vivencias que todos conocemos. Antes, sin embargo, sólo un poquito más de teoría. Es que la Psicología Simbólica Junguiana concibe a todas las cosas como símbolos estructurantes, y a todas las funciones de la vida como funciones estructurantes. Pero, ¿estructurantes por qué? Porque esta Psicología describe la vivencia de las cosas como símbolos que, a través de las funciones, estructuran la identidad del Ego y de las cosas en la Consciencia. Una enfermedad es un símbolo estructurante, y el miedo que tenemos de ella es una función estructurante. Un crimen es un símbolo estructurante, y su prevención es una función estructurante. Un libro es un símbolo estructurante, y nuestra curiosidad para leerlo es una función estructurante. Y así en adelante. Este proceso, que forma la Consciencia a través de los símbolos y funciones estructurantes se llama proceso de elaboración simbólica y es aquí considerado como el centro de toda la actividad psíquica.

Muchos de los símbolos y funciones estructurantes nos agradan, como el aplauso y el cariño, y es fácil admitir que forman la Consciencia. Por el contrario otros, como los celos, la agresividad, la envidia, la vergüenza y la ambición nos hacen sufrir y, por tanto, es difícil admitir que contribuyan para el crecimiento de nuestra Consciencia. La tradición cultural llegó incluso a rotular, discriminar y estigmatizar como exclusivamente malignas y destructivas muchas funciones estructurantes que amenazan la estabilidad del individuo o de la sociedad, como sucedió con los siete pecados

capitales. La consecuencia de esta discriminación prejuiciosa y moralista es que los símbolos que son impedidos de ser elaborados por esas funciones descalificadas, pasan a operar en la Sombra, en el inconsciente reprimido, y allí sí, ellas se tornan inadecuadas y destructivas, y son expresadas por defensas que atormentan la vida. La mejor manera de transformar a un perro dócil y afectivo en una fiera es atarlo a una cadena durante el día y solamente soltarlo en la noche. Las funciones estructurantes normales, cuando son fijadas y defensivas, dan origen a la patología mental, al crimen, a la destructividad y a todo el Mal del que la naturaleza humana es capaz.

De esta manera, aquellos que buscan realizar su potencial y tienen coraje de vivir, pronto aprenden que todo en la vida tiene dos lados. Uno es luz y el otro es Sombra. El sufrimiento también. El sufrimiento saludable es, a veces, inherente al proceso de crecimiento y, en ese caso, es un gran generador de vida y de luz. Cualquier niño sano pronto descubre que el precio de aprender a caminar es pagado con caídas, dolores y lágrimas. En cambio el sufrimiento defensivo es aquel que nada produce, como, por ejemplo, el que encontramos en la compulsión de repetición de los síntomas.

Es esta base teórica la que me permite reunir científicamente el amor y los celos. ¿Recuerdan a mi amigo que no sentía celos? Pues bien, algún tiempo después de nuestra conversación, él se separó y, en seguida, se apasionó. Un día, visité a la pareja y, en el momento en que estuve a solas con la esposa, ella me dijo confidencialmente: - “¿usted no podría enseñarle a su amigo a ser menos celoso? Yo lo adoro, pero a veces siento que él exagera en los celos”. En ese momento, tuve certeza de que mi amigo estaba amando otra vez.

El Arquetipo Central es el maestro que coordina a los otros arquetipos y a todo el proceso de desarrollo simbólico desde el inicio hasta el fin de la vida, a través de dos poderosísimas funciones estructurantes: el amor y el poder. El Psicoanálisis redujo frecuentemente el amor a la sexualidad, y después, durante años y décadas, viene explicando que “sexo es más que sexo”. La Psicología Individual, de Adler, redujo bastante el poder al complejo de inferioridad y a la “protesta” para vencer la inferioridad en el desarrollo. Eso, sin embargo, es muy poco para explicar por qué esas dos funciones estructurantes son tan fundamentales para participar siempre de la regencia del Arquetipo Central.

Como nos enseñó Margaret Mahler, la Psique inicia la vida individual inmersa en la intensa simbiosis de las relaciones primarias, y la identidad se forma por experiencias de apego y desapego, unión y separación. Surge un nuevo símbolo y la Consciencia a él se reúne. Es la atracción y fusión. Los significados simbólicos son integrados y pasan a formar parte de la Consciencia. En ese momento, se impone la separación para buscar otros símbolos y continuar el desarrollo. Winnicott describió al objeto de transición como el trapito, el osito o el chupete, que el niño adopta como símbolo para separarse del seno. Durante toda la vida, cada nueva vivencia, cada

nuevo símbolo estructurante, será un objeto de transición de un símbolo para otro, acompañado siempre de unión y separación.

Es difícil conocer y caracterizar cada función estructurante porque su expresión se combina con todas las demás funciones estructurantes en la multiplicidad y en las infinitas posibilidades de ser. Podemos agredir en situaciones de vanidad, ambición, búsqueda, voracidad, competición, amor y tantas más, y entonces, en el momento de estudiar la agresividad podemos describirla con los significados de otras funciones con las cuales ella más frecuentemente está asociada. Esto es inevitable porque, cuanto más importante y fundamental es una función estructurante en el desarrollo del Self, mayor es el número de funciones estructurantes con las cuales ella se asocia en la elaboración simbólica.

El amor y el poder son las dos principales funciones estructurantes en la creatividad y organización del Arquetipo Central, porque ellas forman parte de la esencia del proceso de unión-separación de los símbolos para formar la Consciencia. El amor propicia la unión y el poder promueve la separación, formando así la polaridad básica del desarrollo del Ser. El amor abre al Ser para la vivencia de entrega del Ego a su propio deseo y al Otro, y para eso renuncia al *status*, a la riqueza y hasta a la propia independencia. En contrapartida, el poder propicia el cierre del Ser en la entrega al Otro debido a su auto-afirmación y a la imposición de su propio deseo sobre el deseo del Otro, para asegurar su independencia.

La capacidad del poder para promover la auto-afirmación y la independencia es tan opuesta al amor que Jung decía que, cuando el poder entra por una puerta, el amor sale por la otra. Su polaridad también fue descrita como Eros y Logos, por Platón, y, aún más antagónica, como Eros y Tanatos, por Freud. El Psicoanálisis siempre reflexionó sobre ese antagonismo. Freud, muchos años antes de su formulación final de Instintos de Vida y de Muerte, ya había propuesto el antagonismo entre los Instintos de poder del Ego y la libido sexual.

Entre tanto, los polos de las polaridades, a pesar de opuestos, contribuyen siempre también para formar la Consciencia, pues son ambas funciones estructurantes arquetípicas del Self. De esta manera, la síntesis de los opuestos representada en la Alquimia europea por el Arquetipo de la Conjunción (*coniunctio*) es descrita como la gran finalidad del proceso (*opus*) para obtener la piedra filosofal (*lapis philosophorum*), que fue confirmada por Jung como la finalidad de la autorrealización psicológica, a la cual denominó Proceso de Individuación. El sabio Hermes Trimegistus, personaje legendario de la Alquimia de la Antigüedad, ya afirmaba en el texto de la Tabla de Esmeralda (*Tabula Smaradigma*) que “lo que está arriba es igual a lo que está abajo. Comprendan eso y regocíjense”. La luz del amor trae la felicidad del Ser, pero su Sombra puede matarlo de asfixia. La luz del poder es capaz de construir una nave espacial, y su Sombra, de ordenar el genocidio.

El principio y la sabiduría de la síntesis de los opuestos puede ser aplicado a cualquier polaridad de la vida y del conocimiento. Finalmente, ¿no fue el descubrimiento de las valencias, en la Teoría Atómica, lo que permitió la comprensión de la atracción y de la repulsión de los elementos para formar los compuestos químicos de la naturaleza? Entre tanto, ¿cómo reunir la extraordinaria polaridad de la separación y de la unión, del poder y del amor? Cuanto más importante y amplia es una función estructurante, más funciones estructurantes auxiliares ella posee para expresarse. Las funciones estructurantes del amor y del poder son auxiliadas intensamente por las funciones de los celos y de la envidia. Los celos acompañan al amor, y la envidia, al poder. En mi libro *Envidia Creativa* describí la fuerza del poder de conquista de la envidia. Hoy, abordo con ustedes los celos como función estructurante.

Los celos constituyen una función estructurante que guía a la función estructurante del amor y delimita su territorio. Los celos son el guardián ético del amor. Los celos esclarecen para la Consciencia hasta dónde el amor tiene derechos y deberes y muestran cuando él transgrede sus fronteras y se torna defensivo, es decir, inadecuado, posesivo y destructivo.

Las funciones estructurantes son instrumentos maravillosos para perfeccionar la Consciencia. Ellas son verdaderos ángeles, que nos permiten emplear la creatividad para que conozcamos la vida y sigamos de manera inteligente el camino del Bien. Entre tanto, cuando ellas se vuelven fijadas y, por tanto, defensivas, por un disturbio en el proceso de elaboración simbólica, las funciones estructurantes pasan a expresar la Sombra, que abarca lo inadecuado, los síntomas, el error y el crimen dentro del camino del Mal. Cuando las funciones estructurantes se tornan fijadas y, de esa forma, defensivas, los ángeles se transforman en demonios, que traen el sufrimiento improductivo, la destructividad y la infelicidad. Por eso, cuanto mayor fuera la capacidad de las funciones estructurantes de generar la realización del Ser, mayor también será su fuerza capaz de atormentar a las personas y conducir las al descamino, cuando se tornan defensivas.

De esta manera, la psicoterapia dinámica simbólica nunca puede restringirse a interpretaciones que se limitan a nombrar disfunciones y síntomas de la Sombra y del inconsciente reprimido. Necesita siempre también elaborar la función estructurante que se tornó defensiva junto con el rescate de los atributos normales y libres, de la misma función, para actuar plenamente en la Consciencia. No basta solamente con identificar el pecado. Es necesario siempre también buscar a través de él y del arrepentimiento, el camino de la salvación. Los terapeutas poco vividos y que centralizan su vida emocional dentro del hospital y del consultorio, frecuentemente tienen facilidad de diagnosticar defensas y síntomas, pero pueden tener también gran dificultad en rescatar, a partir de ellos, la función estructurante normal, indispensable para la creatividad del Self. No fue por casualidad que San Agustín, luego de una vida libertina en la juventud, pudo alcanzar la profundidad de la dimensión espiritual y ética que lo consagró. Con el maravilloso desarrollo de las

neurociencias y de la psicofarmacología, hoy es común ver a jóvenes médicos diagnosticar depresión, y recetar antidepresivos, sin tener la menor capacidad de empatía con la tristeza de sus pacientes, elaborar y descubrir con ellos dónde su función estructurante del amor está fijada y fue transformada en tristeza y depresión. Su poca experiencia de vida – aunque profesionales maduros puedan también actuar así –, y la tendencia a identificar la tristeza con la depresión y medicarla es tan grande, que parecen desconocer que la tristeza, el desánimo y la depresión frecuentemente expresan la función estructurante del amor deformada por una defensa. No sé como es aquí en Santiago, pero en São Paulo he visto a personas tomando antidepresivos sin que su depresión haya, en ningún momento, sido examinada como la distorsión de la función estructurante del amor. Esa limitación cultural es reforzada por el *marketing* de la poderosa industria de medicamentos y por la mentalidad consumista del libre mercado, que estimulan a las personas a librarse de la tristeza aumentando el consumo del lujo y de lo superfluo. El resultado es que los disturbios afectivos en el matrimonio, en las demás relaciones, en el empleo y en la sociedad de un modo general, por no ser examinados a la luz de las disfunciones del amor, son exacerbados, agravando los síntomas depresivos y justificando más medicamentos. Se trata de una espiral defensiva progresiva y perversa, en la cual la actitud terapéutica alivia la causa inmediata, pero agrava el cuadro a mediano plazo. He visto simposios médicos sobre depresión, con psiquiatras conocidos como conferencistas, que concentran a tal punto sus conferencias en la patología, que el amor no es siquiera mencionado. El próximo blanco del “libre” mercado de antidepresivos es el universo infantil, donde frecuentemente los niños presentan síntomas depresivos que expresan la infelicidad del hogar. Ya vi varios casos en los que la madre lleva al niño deprimido para tratamiento psiquiátrico en consultas en las cuales, en ningún momento, le fue preguntado si había infelicidad en el hogar.

Al mismo tiempo en que la función estructurante del amor no es estudiada más allá de la serotonina en la psiquiatría, ella cae, prostituida y degradada, víctima de la función estructurante del poder empleada defensivamente por el *marketing* a servicio de la ganancia. Últimamente, un corazón rojo, símbolo del amor apasionado, ha sido usado asociado a la imagen de políticos en campaña electoral y para la venta de los productos más variados. Días pasados vi a un supermercado adoptar la imagen del corazón para la venta de sus productos, que incluyen hasta mismo papel higiénico.

Si el amor, que es valorizado e incentivado, es tan mal estudiado y cuidado, no es de sorprenderse que los celos, que estamos concibiendo como su guardián y función auxiliar, lo sean todavía más.

Un ingeniero de mediana edad se casó por tercera vez, con una mujer separada, y vino a buscar terapia. Había reconocido finalmente que sus celos eran patológicos y que habían destruido sus dos matrimonios anteriores. Le expliqué que los celos normales son una función muy útil para

cuidar y proteger al amor y que, si los celos lo estaban atormentando tanto y a su compañera, era porque él los estaba vivenciando de manera indebida y enferma. Le sugerí que investigásemos y procurásemos identificar lo que él hacía inadecuado con los celos. No demoramos en encontrar su disfunción. Por ser una persona muy afectiva, cuando él amaba quería conocer a la otra persona íntimamente y saber sobre sus hábitos y gustos, sobre sus amigos, su familia y su historia. Hasta allí los celos se manifestaban normalmente. Sentía celos del pasado de su esposa y hasta de su infancia, pero se conformaba con no haberla conocido antes y, por tanto, no haber compartido todas sus experiencias emocionales. De repente, entre tanto, sucedió algo que exacerbó sus celos de tal forma, que él perdió el control de su amor, tornándose posesivo, intolerante, obsesivo y agresivo. Eso sucedió cuando él comenzó a preguntar cómo había sido el casamiento anterior de la esposa y ella estuvo de acuerdo en describirlo. Entrando en las vivencias íntimas de ella, sintió curiosidad por saber cómo ella se portaba eróticamente, qué hacía su marido y cómo ella correspondía y sentía. Al inicio, hasta se sintió satisfecho con la apertura y la entrega de la esposa que, por amor, le confiaba minuciosamente los secretos de su vida pasada. Pero, la digestión de lo que le parecía un alimento saludable, se reveló como un veneno que lo intoxicó. Sus celos comenzaron a perseguirlo día y noche. Se tornó cada vez más posesivo, controlador y agresivo, y sintió que una vez más se encaminaba hacia la destrucción del amor.

Le expliqué que los celos son un *daimon*, una fuerza de la vida, una función estructurante que acompaña, vigila y cuida al amor, alertando a la Consciencia sobre los diferentes estados del amor, inclusive sobre sus límites. En este caso, ellos habían transgredido los límites del amor conyugal y no habían respetado los celos, lo que lo había tornado tan furioso. Él no debería haber cedido a su curiosidad de preguntar y su esposa nunca debería haber profanado el lecho conyugal de su primer matrimonio. Los celos que él sintió del primer marido, en lugar de conducir a la apertura del amor entre ellos, había sido un aviso de que aquella frontera pertenecía a un estado del alma que no podía ser compartido. En ese caso, la búsqueda de la intimidad había conducido a la promiscuidad emocional, defensiva y perversa, y no debería ser obedecida.

El examen minucioso de la curiosidad que lo había llevado a querer saber sobre aquella experiencia reveló que dicha curiosidad no había sido guiada por la entrega amorosa, sino por el poder. Era su inseguridad como hombre y la duda de ser realmente amado lo que lo había llevado a querer controlar el amor y conducido a una situación tan desesperante, que amenazaba inclusive con destruir el vínculo amoroso. Los celos exacerbados le venían a enseñar que el amor es también cuidado y consideración, lo que lo obligaba a respetar la intimidad de un amor que no era de él. Su esposa, a su vez, si reconociese la fuerza de los celos, no los habría incendiado por la exposición de la intimidad con su primer marido. Al transgredir los límites del amor y herirlo, desconsideraron y atropellaron los celos, desencadenando su ira, persecución y castigo. La esencia de su error había

sido una de las mayores, si no la mayor que se puede cometer contra el amor: entregarlo a la voracidad de control por el poder. Fue contra la traición del amor que los celos se levantaron enfurecidos para torturar al pobre ingeniero.

Cual hilos de una tela de araña, las funciones estructurantes se entrelazan para elaborar los símbolos y extraer de ellos los significados para formar la identidad del Ego y del Otro en la Consciencia. De este modo, muchas veces una función estructurante nos enseña más sobre otra de lo que ya habíamos aprendido con la propia. Esta pareja, con la tortura del marido por los celos que alcanzaron también a la esposa por el control, posesividad y agresividad, fue iniciada sobre el secreto de la intimidad y de la fidelidad del amor con una profundidad que antes nunca había imaginado. Ellos aprendieron con los celos que, creyendo amar, habían herido una de las grandes cualidades del amor, que es la intimidad.

Pero, ¡cuidado! Al abordar el estudio de las funciones estructurantes, precisamos recordar siempre a Hermes Trimegistus, y no olvidar que las funciones, los símbolos y los arquetipos que las coordinan son siempre bipolares. Así, necesitamos rescatarlos de los estigmas tradicionales y percibir que todos pueden ser buenos o malos, dependiendo de la vivencia en que están operando. De esta manera, cuando descubrimos una característica nueva de una función, no debemos incorporarla sin tomar en cuenta que ella siempre podrá ser normal o defensiva. Cuando la incorporamos sólo como buena, recaemos en el moralismo, en aquel mismo del cual nos liberamos al admitir la polaridad de todas las funciones.

La intimidad del amor también es una función estructurante que puede ser normal y saludable, o defensiva. Hay parejas que se sumergen cada vez más en la intimidad, se aíslan del mundo y terminan por empobrecer sus vidas y al propio amor, al cual ellos quisieron dedicarse completamente. Lo que evita clasificar *a priori* como buenas o malas a las funciones estructurantes, recaer en el moralismo y formar prejuicios es mantener siempre presente la noción de la bipolaridad ética y percibir en cada momento de la vida de la persona y de la cultura si su funcionamiento en aquel determinado contexto es normal o defensivo, productivo o inadecuado, bueno o malo. Recordando el dicho “de buenas intenciones el infierno está lleno”, podemos protegernos mejor para evitar caer en él.

En esa etapa, la terapia de nuestro ingeniero presentó un problema que necesita ser comprendido. Al comienzo, él estaba de tal forma dominado por su síntoma que no percibía nada además de él. Se encontraba tan desesperado de celos, que desencadenaban en él tanta agresividad, que estaba a punto de deshacer el vínculo conyugal y, una vez más, destruir el amor. Con la acogida de la terapia, la medicación ansiolítica que le prescribí y el inicio de la elaboración de la naturaleza de los celos, pasó a tener momentos en los que volvía a amar a la esposa. Solamente después de un año de terapia pudo percibir que tenía dos tipos de celos. Unos que lo hacían pensar

sobre la profundidad, la creatividad, la belleza y las maravillas del amor, y otros que lo inducían a atacar, romper y destruir el amor. Trabajamos mucho ese desarrollo, y él terminó su terapia sintiendo que los celos le habían enseñado muchas cosas sobre el amor y que, cuanto más los celos eran respetados, más el amor era cultivado y preservado. Años después volvió a consultarme, esta vez para tener una recomendación de una analista para su hija. En esta sesión, me contó que había madurado mucho su relación con los celos y que ahora ya se había acostumbrado a ver a las dos formas de celos, una normal, ayudando a evaluar y respetar su amor, y otra, defensiva, torturando a los amantes y encaminándolos hacia la destrucción del vínculo amoroso.

Para entender mejor porqué existen tantos prejuicios moralistas con relación a las funciones estructurantes, que nos impiden conocerlas y tratarlas psicodinámicamente, por no aceptar su naturaleza estructurante bipolar que actúa entre el Bien y el Mal, necesitamos una introducción sumaria sobre los cinco diferentes patrones arquetípicos de la Consciencia formulados por la Psicología Simbólica Junguiana. Es un poco más de teoría, pero que vale la pena porque permitirá profundizar todavía más nuestro conocimiento de los celos y del amor.

Existen cinco inteligencias arquetípicas en el ser humano, que rigen la relación del Ego con el Otro en la Consciencia y en la vida. El Ego engloba todas las representaciones del sujeto, y el Otro, todas las representaciones de las cosas, del no-Ego. Las dos posiciones Ego-Otro, inicialmente descritas por Melanie Klein como posiciones esquizoparanoide y depresiva, fueron aquí modificadas y ampliadas para cinco posiciones, cada una relacionada con un arquetipo. De la misma manera, los arquetipos básicos de la formación de la Consciencia individual y colectiva, que son el Arquetipo Matriarcal y el Arquetipo Patriarcal conceptuados por Erich Neumann, son aquí aumentados a cinco y asociados a posiciones arquetípicas Ego-Otro en la Consciencia.

Cuando un símbolo entra en el campo psicológico, generalmente consciente e inconscientemente, o a veces sólo inconscientemente, se inicia la elaboración simbólica coordinada por el Arquetipo Central en la posición Ego-Otro indiferenciada. En el tercer casamiento de nuestro ingeniero, comenzó, o mejor, recomenzó a actuar el símbolo de la traición, movilizado por los celos y por la rabia, sin que él tuviese la menor noción de su real significado. Es la posición indiferenciada. Sabemos que el símbolo es importante porque él fue constelado, esto es, movilizado por el Arquetipo Central en el campo psíquico de manera todavía indiferenciada. Pero sólo eso. Los cuatro arquetipos siguientes van a continuar siendo coordinados por el Arquetipo Central y tendrán cada uno su inteligencia específica.

A continuación, la elaboración continúa en la posición insular coordinada por el Arquetipo Matriarcal. En esta posición la relación Ego-Otro es muy íntima, placentera o desplacerera, sin ninguna otra especificación. Ella ocurrió cuando el ingeniero comenzó a sufrir con los celos y su

desplacer y dirigió su agresividad claramente contra su mujer. Esta posición es bipolar, pues el placer es sentido como bueno, y el desplacer, como malo.

La posición insular presenta la fijación de los celos y del amor cuando el Ego queda poseído por la frustración oriunda simplemente de la división del vínculo amoroso, sin ninguna connotación moral. Existen dos grandes ejemplos de ella en la psicología dinámica. Una en el caso del “pequeño Hans”, descrito por Freud, que presentó una fobia a los caballos, luego del nacimiento de una hermanita. Dentro de este contexto, su amor no pudo incorporar los celos y dividir a su madre y, por tanto, sus celos tornados defensivos y agresivos fueron proyectados en la violencia atribuida al caballo, generando la fobia. El otro fue el caso de Ana, hija de Jung, también de 5 años de edad, que presentó reacción fóbica con el nacimiento de su hermano Franz, lo que también nos hace pensar en los celos defensivos deformando el amor.

La tercera posición es la posición polarizada regida por el Arquetipo Patriarcal, en la cual el Ego y el Otro están siempre en posiciones asimétricas. Esta posición es ternaria porque el Ego solamente ve la polaridad luz y Sombra, Bien y Mal, en el Otro, y en sí mismo ve solamente la luz y el Bien. Ella corresponde a la visión maniqueísta del mundo, en la que algo es bueno o malo, dependiendo de estereotipos moralistas y dogmáticos. Fue esta posición la que históricamente dividió a las funciones estructurantes en buenas y malas.

Su patología puede ser ilustrada en dos casos célebres: Otelo, de Shakespeare y Don José, de la Ópera Carmen, de Bizet. En Otelo, Iago, movido por envidia diabólica, lleva al general a creer que su esposa Desdémona lo traiciona. Poseído por unos celos defensivos que no consigue controlar, él la castiga, matándola. De la misma forma, Don José, viendo a Carmen apasionada por Escamilo, le pide que vuelva a su amor. Rechazado, él no resiste los celos y la apuñala mortalmente.

La cuarta inteligencia arquetípica es la posición dialéctica de la relación Ego-Otro coordinada por el Arquetipo de la Alteridad. Ella es cuaternaria porque el Ego admite su luz y su Sombra, mientras el Otro también lo hace. Solamente aquí es posible para la Consciencia entender y emplear el axioma de Hermes Trimegistus sobre el secreto de la igualdad de los opuestos. Solamente en este patrón de Consciencia podemos entender el alfa y el omega para definir a Jesús y comprender su compasión por los que sufren, pues la función estructurante de la salvación está en el pecado, en la Sombra. Es también en este patrón de Consciencia que podemos ejercer la psicoterapia dinámica, que nos permite simbolizar los síntomas y buscar dentro de su función estructurante defensiva, la función estructurante normal, que vuelve a formar la Consciencia dentro del concepto psicológico arquetípico de cura.

Su representación patológica de los celos fue ilustrada en el último filme de Stanley Kubrick, *De Ojos Bien Cerrados*, en el cual, la esposa (Nicole Kidman), sintiéndose poco amada y valorizada

por el brillante médico que es su marido (Tom Cruise), le cuenta una deslumbrante fantasía, en la cual lo traicionó con un militar, que ellos habían visto pasar en el recibidor de un hotel. El marido pasa a lidiar con unos celos gigantescos, que no consigue controlar, exactamente porque el adulterio es y no es, existe y no existe, pues es fruto “apenas” de la imaginación de su esposa.

Finalmente, la quinta inteligencia arquetípica es la posición contemplativa, en la cual el Ego y el Otro retornan a la unidad con el mundo, integrando y aceptando la percepción conjunta del Bien y del Mal en la vida. Ella se presentó en la personalidad de nuestro ingeniero, cuando, después de algunos años, volvió a la consulta y relató su vivencia de integración de los celos y del amor dentro de los sinsabores y tranquilidad de su vida conyugal.

Esta posición se presenta defensivamente cuando las personas se declaran “maduras y en paz con la vida”, y no sienten más celos porque desistieron de amar.

Para terminar, quiero demostrar también la capacidad de la función estructurante de los celos de guiar a la Consciencia en la vivencia del amor, mencionando el camino posible de salida para la luz de la función estructurante de los celos fijada y aprisionada en la Sombra. Es impresionante cómo ese trayecto forma parte al mismo tiempo de la terapia de los celos patológicos, del autoconocimiento y de la construcción de la Supraconsciencia, que percibe la vida siempre con la Consciencia y la Sombra, el Bien y el Mal.

Si el pequeño Hans y la niña Ana elaborasen sus fobias, ellos serían iniciados en la fuerza estructurante de los celos, cuya experiencia avasalladora los llevó a la fijación y a la formación de la defensa fóbica. Al integrar constructivamente los celos, ellos aprenderían que el amor de los padres no es exclusivo de cada hijo, pues su grandeza, generosidad y dedicación pueden incluir a más de uno.

Si Otelio hubiese podido aguantar sus celos dentro del amor, él habría aprendido a reconocer la manipulación envidiosa, astuta y mefistofélica de Iago, y la belleza y dedicación del amor de su linda Desdémona. Si él se hubiese profundizado en la enseñanza de los celos, ciertamente se habría sumergido en el autoconocimiento, habría descubierto el significado de la conexión íntima con su madre y de su auto-estima minada por su complejo racial oriundo de ser negro.

Por su parte, si Don José hubiese resistido a la furia estructurante de sus celos, y con ella ampliado su Consciencia, habría comprendido la exuberancia existencial de Carmen, declamada en la Habanera, donde ella exalta la trascendencia y la autodeterminación del amor. Él habría podido ver que la falta de su padre y la sobreprotección y posesividad de su madre lo habían debilitado y obligado a apegarse al ejército, incompatible con el amor de Carmen. A través del dolor y de la verdad de la vida, sus celos ciertamente le habrían mostrado que Escamilo era un vencedor y que, por tanto, tenía el amor de Carmen, mientras que él era un desertor, no sólo del ejército, sino del propio amor y, por eso, la había perdido.

Al elaborar sus celos creativamente, el joven médico filmado por Kubrick se habría dado cuenta de cómo su amor conyugal estaba herido por su vanidad, sus actuaciones mundanas y su incapacidad de ver el sufrimiento de su mujer. Podría, al mismo tiempo, mostrarle a ella el maquiavelismo y el poder de su fantasía de adulterio, que habían revelado, en uno de sus sueños, cuánto ella estaba perdida y desesperada.

Finalmente, para aquellos que no tienen celos porque creen que no precisan más al amor, los celos nada pueden enseñarles, por haber sido paralizados junto con la renuncia de buscar el amor. En este caso, sólo resta a los celos permanecer esperando al lado del amor el resultado de la lucha faustiana entre la “sabiduría” y la depresión senil.

Para terminar, quiero enfatizar que la comprensión de la fuerza estructurante de los celos, protegiendo y delimitando el amor, es tan fundamental cuanto el conocimiento de la capacidad estructurante de la envidia para alimentar el poder. Los celos y la envidia son las dos grandes funciones estructurantes que propician la conjunción entre el amor y el poder dentro del Arquetipo Central para la estructuración plena de la Consciencia.

¡Muchas gracias!